

LA FEILA DEL TIOVIVO

PRIMERO LO MORDISQUEA a través de la pana, gruesa, acolchonada, que amortigua el filo de los dientes y convierte el agresivo asalto en una dulce batalla. Lo quiere comer como se muerde un lucum, tieso y terso, una goma resistente e infinita. Una golosina, la golosina por excelencia: enorme, rosada, de nunca acabarse.

Sigue mordisqueando y la pana sigue inflándose, arrolladora e irresistible como la visión del lucum en el escaparate. La sola visión del bulto endurecido, cada vez más semejante al recuerdo de la golosina, la incita a abrir el cierre, como antes se decidía a entrar a la tienda del árabe para comprar el dulce de fantasía, algo absurdo en su exceso. Lo baja lentamente, para refrenar el impulso y saborear la decisión. Nunca antes ha reparado en el botón que encabeza el cierre como un punto arriba de la exclamación: un hombre y una mujer sentados de espaldas, toscamente dibujados e inexplicablemente desencontrados. Un hombre y una mujer en reposo, cuando todo, en este momento, concurre a la excitación del descubrimiento. Ahora —ahora que ha surgido como un payaso de su caja de sorpresa, ahora que lo ha detenido con la mano como se detiene un resorte que vibra demasiado—, ahora, lo empieza a lamer para probar el imperceptible soplo de azúcar que lo cubre, un soplo de azúcar o un invisible vello de seda. Hay que penetrar —y desaparecer, esto es inevitable— en esta primera capa de sabor, esta delicada superficie de olor ligeramente acre, que raspa un poco la punta de la lengua porque, todavía, es solamente la punta de la lengua la que relame un sabor que es, prácticamente, un puro olor. El frío o el aire lo han hecho reblandecerse pero casi no ha disminuido su tamaño. Sólo que está un poco desamparado.

Entonces lo toma entre sus dos manos —una abajo y la otra recubriéndolo como una cobijita de calor y de ternura— como si atrapara una ardilla sobresaltada por un rayo de sol o el paso de un desconocido. Lo va besando y en cada beso, leve, levisimo porque un beso es también una caricia, le dice una palabra de amor, o más bien, de confortamiento. Cabe en su mano; ya no se sobresalta; está recobrando su quietud como un corazón que dejara de manar chorros asustadizos. Ya que está quieto, el lamido parece una incongruencia porque la lengua lo movería inútilmente, lo desorientaría, lo sacaría de su quicio. Se dejaría llevar por la rispidez de la lengua que se atora en su quietud, lo trae por aquí y por allá, sin que tenga mucho sentido.

Una presión de la mano, que lo recoge y lo levanta, lo insta a salir de su adormecimiento, una leve pero firme presión

hace salir de este corazón calmo un violento chorro de deseo. Un solo, avasallador, potente chorro de deseo que topa con su propio límite y baja inundándolo todo de vida y vigor. Está erguido otra vez, pero ya no con una carita de payaso atontado, sino con la dignidad previa a la embestida. La mano se descontrola un tanto, presiona más pero quisiera a la vez encauzarlo aún en su voluntariosa domesticación. Lo único que redondea el vigor manando, que lo suaviza y le confiere una nota humorística, es esta cabecita de finísima seda que la lengua ataca con una caricia circular. Es jugar a la ronda en un pasto aterciopelado, es darle vuelta al trompo aceitándole sus movimientos. Vuelve a oírse la canción infantil del enano con la nariz roja. La saliva acelera el ritmo y las vueltas se acortan, derrapa la lengua y la mano viene en su ayuda para rehacer la perfección del círculo. Se trata de seguir con obstinación el borde de la cabecita, allí donde precisamente se retrae la carne como una lonjita respingada, un pliegue que sube y baja sin ángulos, allí donde están las papilas que las papilas de la lengua enjuagan y yerguen como anémonas en el mar. Diminutas y perfectas anémonas blancas que levantan sus pétalos indiferentes, aletargados por el olvido momentáneo del sabor marino. La saliva ha conseguido el mismo efecto que la onda submarina y las anémonas blancas han despertado tiritando como pulpos frenéticos. La saliva que gira, la lengua que se hace viento de mar, emborranchan la cabecita que apenas recuerda dónde está parada.

Y el gemido que sale de la otra boca, lejos, tan lejos de pronto de este centro de carne...

No quiere dejarse distraer por el gemido pero, al mismo tiempo, sabe que le gustaría oírlo crecer, cada vez más encañonado a la presión de la mano, a la actividad de la lengua, al ritmo de los vaivenes. La lengua busca los destellos de la carne, los detalles de sus contornos, los rincones de sus debilidades y las cavernas secretas del robusto peñón. Con dos dedos de orfebre abre delicadamente la boquita de pescado y lo hace hablar. Bueno, hablar es mucho decir porque esta boquita sólo puede articular la forma de las palabras, dibujar sus redondeces y sacar de sus adentros el puro aire, cálido, de las palabras. Ahora tiene los ojos fijos en la boquita que le repite a voluntad las palabras de amor que sus dedos imaginan y recrean en sus burbujas de soplo tibio. Le sonríe, celebra su torpe alfabeto, sus tan limitadas posibilidades de sintaxis, su lentitud de drogado. Se le ocurre que la recompensa a tan amoroso discurso es un beso de miniatura e intro-

duce lo más afilado de su lengua en la boca desdentada e infantil. Y mete todo lo que cabe de esta punta en esta boquita de muñeca y descubre que adentro hay una carne recién nacida, immaculada, el colmo de la tersura. Se trata de un sabor tan puntilloso que lo tiene que dejar pero no quiere abandonar la tersura y aspira la cabeza entera bañándola de agua aceitada. Y chupa y chupa y chupa, y succiona esta bolita suave y mojada, que parece rebotar contra las paredes internas de sus mejillas como un malvavisco que se hunde y se infla, se vuelve a hundir y se vuelve a inflar, incansablemente. Toda está en una tan perfecta armonía de suavidad, calor y agua que se olvida por un instante de los accidentes, del frío y del desamor. Sigue succionando y jalando con la parte interior de los labios, deteniendo el movimiento allí precisamente donde empieza la línea que hace visibles los labios para el afuera. Existe una raya precisa que delimita en los labios un uso público y todo dirigido al exterior, y un uso secreto, amoroso, lo mejor de sí. Ahora juega con este límite, deja que la bolita siga deslizándose en el interior de la boca y oprime los labios exteriores, secos, firmes, para relevar la presión de la mano que baja aún más hacia la base del músculo. Hay un contraste inesperado entre lo que pasa adentro y el movimiento que se mecaniza con un ritmo cada vez más acelerado. Adentro: una eternidad que se redondea, perfecta y plena; afuera: la marca de un ritmo y de los límites que imprimen un desarrollo y un tiempo con sus inevitables leyes. Entonces, decide resignarse a perder la eternidad y su perfección, y a acelerarlo todo hacia el final. Decide que todo va a precipitarse.

La lengua busca febrilmente el hilo de carne que ata todas las sensaciones, todas las partes de este rompecabezas del deseo. Agita el hilo con un parloteo de la lengua que desafía cualquier sucesión audible de lenguaje. Es como si quisiera marearlo con un incomprensible caudal de gritos y de anécdotas, aturdirlo con un coro desordenado de sonidos agudísimos, y su lengua se vuelve una música puesta en una velocidad inadecuada. El hilo de carne es la cuerda del arco que está tocando con la lengua hecha dedo de *pizzicatto*. Con la otra mano, debajo de las pesadas bolsas que retumban a su vez con un eco apesadumbrado del *pizzicatto*, va buscando la pisada grave de la cuerda y va deslizando el índice de arriba hacia abajo, hasta que pierde la cuerda en el pozo oscuro y vuelve a subir hasta las panzas hinchadas y escarlatas de los tambores. Se concentra en el *pizzicatto* pero sigue, aplicada, el contrapunto grave más abajo. Ahora quiere acallar un poco los tambores y los recoge en una sola mano. Tambores hirsutos, indisciplinados que no se detienen a tiempo y ruedan entre los dedos; quieren seguir por su lado la danza de los palurdos y se lanzan con torpe frenesí de un lado a otro, como si se lanzaran al vacío, confiados al mismo tiempo en que la elasticidad no es infinita, en que el mundo es real. La mano entiende y se enternece con la danza de los palurdos y lejos de aquietarlos, gracias a los mil dedos que se ponen en movimiento, los avienta contra las paredes de su acolchonado universo. Se creen en un cuarto enteramente tapizado de algodón blanco y delicioso. Saben que nada les va a suceder y se aban-

donan con irrefrenable alegría a este juego embriagador. Esta mano que juega con ellos en este mundo de ensueño invita a la otra mano a entrar en la precipitación de las sacudidas.

La mano derecha se aferra al timón porque sabe que lo que va a desencadenar es una tormenta de gemidos y revoloteos, que pide a un tiempo más enfurecimiento y la pronta calma. Aumenta la presión para sentir la osamenta que se dibuja debajo de la piel de seda plegadiza. Primero, la columna vertebral de este tronco sin piernas que sale como un tubo de goma y, luego, todos los conductos secundarios por los cuales sube el vapor del barco que navega a toda máquina. La mano hace resbalar con extraordinaria facilidad la funda de seda sobre el mástil de madera. Acelera su ritmo, cada vez más consciente de la inminencia del rayo, del gran apogeo de la sinfonía que los gemidos exultan con un creciente fulgor. Por su lado, la lengua se aparta, se retrae hasta el fondo de su concha para dejar el lugar al molusco enloquecido. Los gemidos indican los últimos movimientos de la sinfonía pero ésta, como siempre, se prolonga y aplaza su final con movimientos que se repiten con engañosa similitud. ¿Es posible que aún no hayamos llegado al último acorde? Sí, es posible aunque parezca increíble que después de este pugido ululante venga otro clamor más sonoro. Pero la mano disimula su desconcierto, no se achicopala y estruja su palo como una batuta que ordenara la venida de los últimos compases. El gemido ininterrumpido y creciente indica la inminencia de la frase final que llega y se sostiene, realizada por la tensión de las dos piernas que son dos torres de piedra en las que se levanta la fuente del divino licor.

Mana la fuente una dulce miel de metálico sabor, su agua blanqueza de turbia transparencia, que va cayendo con inesperada pesadez. Hay un contraste curioso entre la ligereza y la precipitación de la sangre de adentro que huye en su circunscrito laberinto y el semen laborioso que cae de cuando en cuando con un abandono extremado. Un curioso contraste de líquidos que resume tan bien, en su apariencia, su disímil condición. El primero es excitación, agitación y velocidad que corren en los adentros sin nunca salir a la superficie. Es un líquido incompatible. El otro, más bondadoso en su mollicie, es la ofrenda final al placer, es el cáliz que se comparte en la consagración del amor.

Sin embargo, ¡qué irrisorios se ven ahora estos lagunajos de sal mojada y revuelta que forman archipiélagos nacarados sobre la oscura tez del bajo vientre! La luz los hace brillar por unos instantes porque, muy pronto, el aire los secará y dejará en su lugar una brillante y tiesa huella de barniz como una herida invisible. La mano pegajosa ayuda a los últimos sobresaltos y de lo que antes era caverna, boquita de muñeca y ahora es ojo azorado, salen pequeñas lágrimas de desconsuelo. La lengua las recoge; son perlas derretidas que se desgranán en un último esfuerzo antes del olvido. Llevan todavía el recuerdo de su alegría marina, de cuando eran perlas duras en el fondo del mar. Pero pronto, en un instante más, se habrán olvidado por completo del gozo porque no existe memoria del placer. Y como para confirmar esta venturosa verdad, el antiguo mástil se encoge poco a poco, entre resignado y malencarado, para adoptar finalmente la actitud de un caracol penitente.